

al cristianismo liberal y racionalista, dando de lado a los puntos de vista católicos de cada una de las cuestiones abordadas. Para juzgar el libro debidamente se requerirían espacio y competencia mucho más amplios.

FRANCISCO CANTERA

GERHARD DELLING: *Das Zeitverstaendnis des Neuen Testaments*. Guetersloh, 1940: 167 páginas.

Idea del tiempo en el Nuevo Testamento, tema en sí sugestivo y un tanto impalpable, que Delling ha abordado con una erudición y profundidad de especialista en la materia, exponiendo con toda detención y abundancia de pormenores y ampliando en sus diversos aspectos gran parte de lo que fué objeto de sus varios artículos en el *Theologisches Woerterbuch zum Neuen Testament* (editado por, Kittel).

Es una auténtica investigación filosófico-teológico-bíblica. Su partición es clara: concepto del tiempo entre los griegos (págs. 5-39), percepción del mismo según los escritos del Antiguo Testamento y del Judaísmo (págs. 40-61) e idea del tiempo en el Nuevo Testamento (págs. 64-141), con un epílogo (págs. 142-161).

Desde luego era necesario recorrer previamente el estadio griego y judío antes de intentar analizar un concepto de autores bien helenistas, bien judíos, que vivían en contacto y bajo el influjo del helenismo con una doble estructura de pensamiento, expresándose además en «koiné dialektos» bárbaramente influido por ideas y locuciones judías.

Así, pues, en la *primera parte* recorre D. en el estudio del χρόνος desde el mito y la poesía griegas (Sófocles, Eurípides, Píndaro, Cosmogonía, Orficos) hasta el Neoplatonismo de los Eclécticos (Filón, Máximo de Tiro, Herméticos, Plutarco y Plotino), pasando por toda la gama de Presocráticos: Platón, Aristóteles, el Peripato, la Estoa, Epicuro y los Escépticos. De donde, después de haber afirmado que «la filosofía griega en el esclarecimiento del problema del tiempo llegó a resultados todavía poco definitivos» (pág. 12), concluye diciendo que «el griego siente la realidad del tiempo no como bendición...; precisamente porque percibe con fuerza extraordinaria su atadura a él, le resulta no regalo, sino más bien maldición. Librarse de él sería su felicidad...» (pág. 39).

Estudia en la *segunda parte* el sentimiento judío del tiempo en la Escatología y en la Apocalíptica; hace una comparación del concepto del mismo en el Antiguo Testamento hebreo y griego, con un muy interesante cuadro de los términos temporales griegos de los LXX correspondientes a los hebreos del texto masorético (páginas 50-51); presenta al hagiógrafo como inconscientemente vinculado únicamente al contraste entre *punto de tiempo* (יָמִים) e *inabarcable largura* (pasada o futura) *del mismo* (עָלֵי); establece la diferencia de la percepción del tiempo entre el griego y el judío: aquél lo concibe y lo aplica de un modo físico-matemático y *linear*; éste, *puntual* y en relación con su contenido (pág. 54), y finalmente termina con discutibles (y en no poca parte inadmisibles) observaciones sobre números en la historia del A. T., modo de escribirla y sentido divino de la misma (páginas 55-63).

La *tercera parte*, a la que corresponde directamente el título y los dos tercios

del libro, considera hasta qué punto han influido en la forma y expresión del Nuevo Testamento la percepción y sentimiento judíos del tiempo. Interesante es la observación de que a los evangelistas *judíos* interesaba el fondo y no la cronología de la acción de N. S. J. De ahí que solamente S. Lucas se interese por la edad de Jesús (2, 42; 3, 23) o por relacionar sus hechos con datos de la historia profana.

La nueva percepción del tiempo en el N. T. más allá del contraste griego-judío la ve D. fundamentalmente expresada en el nuevo significado del concepto *καιρός* al que dedica todo el párrafo 13, donde afirma: «La idea del *kairós* en el N. T. (con su valor de contenido religioso), por su misma naturaleza, ni es griega ni judía, sino precisamente cristiana; es el *tertium genus* (pág. 87). Así el «*kairós*», el tiempo, resulta un don de Dios y una llamada a aprovecharlo. Su compleción (*πλήρωμα*) es, gracias a la realidad de Cristo, un entrar de la «eternidad» en el «hoy» del tiempo y una valoración del *kairós* con relación al *πληροῦσθαι* de la eternidad, lo que constituye una victoria sobre el tiempo, una expectación del futuro, un concepto dinámico de la historia así valorizada.

Alcanzado este punto culminante, D. deriva a analizar en consecuencia otras expresiones importantes (*τέλος*, relación de *πλήρωμα* y *τέλος*); futuro, y presente del juicio y de la salvación, etc.

Como colofón afirma en el epílogo: «Mientras el griego sufre amarrado a la necesidad del tiempo, mientras el judío en su infantil idea del mismo nada saca para su esperanza del futuro, el N. T. vence la esclavitud del tiempo al conseguir que la eternidad entre en el tiempo y éste pueda aprovecharse en función de aquélla. Para el griego el «*kairós*» es el dueño, el señor; para el cristiano, Dios, el Padre, es el amo del «*kairós*». Puede convertirse en bendición el «*kairós*», dice el cristiano al griego. Hay que aprovechar el tiempo, no hay que dejarlo todo a Dios y ponerse perezosamente mano sobre mano, dice el cristiano al judío (pág. 154). He ahí la nueva idea del tiempo en el N. T. El tiempo y la vida adquieren así un nuevo significado.

Delling da la sensación de una erudición profunda y de una competencia extraordinaria, pero discurre no pocas veces con poca claridad de pensamiento, habla en general con estilo complicado y falto de nitidez y aun se envuelve no rara vez en una oscuridad desconcertante, todo lo cual hace a su libro de lectura poco fácil, con la que uno ciertamente se ve enriquecido en ideas y observaciones, pero al final de la cual el lector respira francamente aliviado por haberle dado cima y descansa de su fatiga.

No aparece claramente si el autor profesa una fe aristotélica del tiempo o más bien kantiana, si bien esta última parece flotar en todo el ambiente de la obra. Como acatólico, parte de presupuestos o hace afirmaciones no admisibles: tales sobre el profetismo, sentido histórico de la Biblia, tipología de S. Pablo, carácter apocalíptico de Cristo, su dependencia del Parsismo, etc., etc.

Dejando aparte algunos otros puntos discutibles (idea no lineal del tiempo en el A. T.), en cuanto al meollo de la obra se podría preguntar si el resultado sobre la «idea del tiempo en el N. T.» debe derivarse del modo como lo hace D.; esto es, mediante el recurso a una erudita y concienzuda comparación de las teorías o puntos de vista de la filosofía griega del Antiguo Testamento y de la revelación de Nuestro Señor Jesucristo en el Nuevo. Tales puntos son en realidad inconexos y apuntan a finalidades totalmente diversas, que por lo tanto difícilmente pueden servir para

deducir una conclusión que no sea híbrida. En concreto, la finalidad que se plantea la filosofía griega respecto al problema del tiempo nada tiene de común, en la intencionalidad especulativa, con la finalidad de la revelación bíblica sobre el valor religioso (no filosófico) y el empleo (en orden de trascendencia igualmente religiosa y no filosófica) del tiempo. Ambos problemas, el griego y el bíblico, son problemas situados en dos campos diversos; por consiguiente, la solución que se derive de su comparación no puede referirse sino a diversos aspectos. El griego quiere establecer el valor físico o metafísico del tiempo; al destinatario de la revelación bíblica, prescindiendo de la física o metafísica del mismo, únicamente le interesa su valor trascendente religioso. Y esto, lejos de ser hallazgo de una trabajosa investigación, es un postulado bien claro y patente a quien no desconozca que cuanto contiene la Biblia está dicho precisamente en función de su teleología fundamentalmente religiosa y no filosófica.

Por lo tanto, ¿nos da D. la «idea del tiempo del N. T.» que nos promete en el título de su obra o nos da más bien a conocer el *contenido religioso* de la idea del tiempo en el N. T., sin que nos haya hecho saber la verdadera solución neotestamentaria (que no creemos exista) de tan arduo problema cosmológico?

No obstante, debe reconocerse el extraordinario mérito de este estudio tan relativamente original, tan amplio y tan erudito.

ANTONIO G. ULECIA

GIERLICH, DR. AUGUSTINUS M., O. P.: *Der Lichtgedanke in den Psalmen. Eine terminologisch-exegetische Studie* [Freiburger theologische Studien, 56 Heft]. Freiburg in Br. Herder, 1940 (XVII, 206 págs. en 8.º).

La obra, fruto del trabajo seminarístico del autor en la Universidad teológica de Friburgo, de Alemania, bajo la dirección del profesor Arturo Allgeier, se recomienda por el acierto en la elección del asunto, orden metódico en la exposición, abundancia de índices y correcta presentación tipográfica.

El P. Gierlich se ha propuesto en ella estudiar cuanto hay en los salmos que diga relación con la luz. Tema ciertamente digno de estudio, primero, por la frecuencia con que se presenta la idea de la luz en los salmos. No menos de 561 pasajes son los que ha tenido que someter a examen el autor (cf. pág. 109), es decir, casi la cuarta parte del salterio, al que la masora asigna la suma de 2.527 versos. Luego y principalmente por la variedad de nociones que en la S. Escritura se asocian a esa idea y por el alcance teológico de varios de ellos. Añadamos lo grato del asunto. «Dulce es la luz» (Eccli. 11, 7) y dulce y agradable es también oír hablar de ella.

Consta el trabajo de dos partes, indicadas en el título. En la primera, denominada por el autor terminológica, se pasa revista a todos los vocablos que hay en los salmos referentes a la luz, agrupándolos en tres secciones. En la primera, los que expresan positivamente la idea de luz o afirman algo de ella. En la segunda, los que denotan el concepto contrario, de oscuridad. En la tercera se presentan los que significan el de sombra, intermedio entre ambos.